**¿ES POSIBLE LA UTILIZACIÓN NO SEXISTA DEL IDIOMA?**

**José Luis Guijarro Morales**

**Joseluis.guijarro@uca.es**

**Universidad de Cádiz**

Publicado en 2013 por García Velasco, Daniel, Santiago González, Francisco Martín Miguel & Ana Ojea, eds.: *A Life in Language, Estudios en homenaje al profesor José Luis González Escribano.* Ediciones de la Universidad de Oviedo (pgs:171-196)

1. **PRÓLOGO :** El profesor de la Universidad de Oviedo, Don Santiago Ignacio Fernández González Corugedo, tuvo a bien considerar mi posible participación en el homenaje de despedida que dicha Universidad iba a hacer al profesor, Don José Luis Gonzáles Escribano en su jubilación. Evidentemente, no tuve el menor problema en adherirme al homenaje de un colega, aunque, en mi ya condición de profesor emérito, me he dedicado más a investigar los problemas cognitivo antropológicos que los problemas estrictamente lingüísticos, por lo que mi posible aportación para el libro-homenaje programado no encajaba demasiado. Sin embargo, en esas fechas, el académico, Don Ignacio Bosque, publicó un extenso informe en *El País* sobre “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”[[1]](#footnote-1), al que inmediatamente respondí contraponiendo mis ideas a las suyas. Claro que, mi respuesta no podía ser todo lo amplia que hubiera querido, por razones obvias. Entonces tuve la idea de que posiblemente podría escribir un trabajo más serio y documentado que, además, sirviera para el homenaje al Dr González Escribano. Comuniqué dicha idea al profesor Fernadez Gonzalez-Corugedo y la aceptó de inmediato. Lo que sigue es, pues, una ampliación más documentada de mi respuesta al académico Bosque complementado con las aportaciones al debate de *El País* que se han ido publicando hasta la fecha.
2. **MARCO TEÓRICO**
	1. **Niveles de adecuación analítica en general**

Según Chomsky[[2]](#footnote-2), para que un análisis sea realmente serio se necesita primeramente saber qué objeto, evento, relación, etc. se está observando. Puntualicemos: no se trata de ofrecer una definición más o menos apropiada de uno o varios conceptos, sino más bien de saber a qué estamos apuntando cuando utilizamos un término. Dicho de otra manera metafórica: considerando que algunas palabras son *punteros* terminológicos, hemos de mostrar claramente a qué lugares estamos señalando cuando los utilizamos; si no hacemos este primer esfuerzo, nunca sabremos con certeza si nuestros posibles interlocutores estarán pensando en los mismos objetos que nosotros pretendemos comprender, describir y explicar con nuestra investigación. De esto se sigue que, a veces, al debatir una idea abstracta, en cada mente individual se imaginan objetos totalmente distintos sobre los que no resulta posible una discusión apropiada ya que, como se dice popularmente, unos pueden estar hablando de la gimnasia y otros de la magnesia, aunque utilizando el mismo puntero para ambas.

El siguiente nivel de adecuación sería el de conseguir una descripción explícita y causal sobre el objeto, evento, relación, etc. que hayamos decidido analizar; o sea, un nivel de **adecuación *descriptiva***. En este nivel he encontrado muy apropiado, realizar la descripción pormenorizada con arreglo a otros tres niveles, planteados por Marr[[3]](#footnote-3), es decir:

Conseguir una descripción general y abstracta de las operaciones que la facultad mental que estemos analizando es capaz de realizar, o, como dice Marr, ofrecer una descripción *computacional*. Una vez hecho esto, tratar de describir cómo se representan esas operaciones abstractas en cada grupo y en la mente del investigador y, si fueran distintas, describir cómo lo son. Se trataría del nivel *representacional*. Finalmente, es interesante describir los implementos que el ser humano ha creado para reforzar, facilitar o mejorar este tipo de operaciones. Este nivel lo llama Marr, evidentemente, el *implementacional*.

El último nivel de adecuación científica chosmkyano es el de **adecuación *explicativa***. Se trata de descubrir las razones evolutivas o de otra índole que han hecho posible dicha facultad mental humana.

* 1. **Niveles de adecuación analítica en particular**

Con arreglo al objetivo que me propongo, creo que el marco de los niveles de adecuación podría esquematizarse de la siguiente mane**ra:**

* + 1. **Lenguaje, lengua e idioma**

En varios lugares[[4]](#footnote-4) he indicado que existe un problema con la riqueza del español en este campo, al contrastar con la pobreza del inglés y alemán o la semi-pobreza del francés. En efecto, tanto el alemán como el inglés sólo usan la palabra *Sprache* o *language*, para lo que el francés llama *langue* y *langage* y nosotros denominamos *lenguaje*, *lengua* e *idioma*. No está muy claro a qué se apunta (o qué estamos observando) cuando en español utilizamos algunos de estos términos.

* + - 1. **Nivel de adecuación observacional**:

Trataré de llegar a este primer nivel de adecuación indicando que cuando yo use estos términos que no considero sinónimos, me estaré refiriendo a entidades distintas y diferenciables.

Con el puntero terminológico ***lenguaje*** señalaré la facultad humana de abstraer y formalizar algunos estímulos percibidos en representaciones mentales de diverso tipo para poderlos almacenar, manipular y recuperar cuando se considere necesario[[5]](#footnote-5). De esta manera, no hay mucha diferencia entre el concepto de LENGUAJE, tanto si se aplica a esta facultad humana, como si se aplica al sistema operativo de las máquinas de computación o, incluso, a una facultad parecida existente en ciertas especies vivas.

La palabra ***lengua***, para mi desde ahora, apunta, en cambio, a la horma estructuradora que la mente humana ha ido creando a partir de los elementos básicos del lenguaje y que, finalmente, se ha fijado indeleblemente en ella, de manera que se hereda naturalmente y sirve de programa para la adquisición de uno o varios idiomas. En términos informáticos, sería el estado inicial del dispositivo lingüístico humano. Cuando no se utiliza el español, este puntero se denomina “facultad de lengua”[[6]](#footnote-6).

Por lo que, queda claro, el término ***idioma*** lo uso para referirme al estado final del código lingüístico que empareja representaciones mentales con símbolos (sonoros o visuales) encajados en unas estructuras predeterminadas.

* + - 1. **Nivel de adecuación descriptivo**

Siguiendo la idea apuntada arriba, dividiré estas descripciones con arreglo de los tres marcos apuntados por David Marr, que llamaré subniveles por razones prácticas.

En el **subnivel computacional**, la descripción debería incluir, en el caso del LENGUAJE, (1) las operaciones que abstraen y formalizan los estímulos en representaciones (imágenes y/o proposiciones), (2) la manipulación mental de las mismas (conglomerándolas, incrustando unas en otras, estructurándolas en conceptos, etc.). En el caso de la LENGUA, las operaciones podrían muy bien ser las que Chomsky llama *principios* (que son las que se heredan naturalmente, y son por tanto universales. Cuando nos referimos al IDIOMA, en cambio, las operaciones son las también denominadas por el lingüista americano *parámetros* (que fijan algunas de las posibilidades abiertas de los principios universales, las que establecen relaciones fijas entre términos y conceptos y las que cada grupo social ha ido creando para estructurar estos elementos con arreglo a sus necesidades históricas.

En el **subnivel representacional**, el LENGUAJE se representa tradicionalmente como la otra cara de la moneda de la comunicación. Aquí no voy a aceptar esta representación proponiendo, en cambio, como ya he dicho anteriormente, que sea la de la cara de la moneda del conocimiento, cuya otra cara será la cognición. En resumen: lenguaje/cognición en vez de lenguaje/comunicación. La LENGUA puede representarse como la horma que facilita y permite la adquisición de la herramienta lingüística, y el IDIOMA, por fin, lo representaré como una herramienta que incrementa, aunque no determina, las posibilidades de la comunicación humana. Es decir, ni siquiera en este punto es la otra cara de la moneda de la comunicación.

El **subnivel implementacional** es más complicado de establecer, ya que sólo el IDIOMA ha logrado que los seres humanos inventen “implementos” para ampliar sus efectos, desde los métodos de aprendizaje que han existido a lo largo de la historia, hasta los medios de transmisión que cada vez amplifican más su potencialidad.

* + - 1. **Nivel de adecuación explicativa**

En este nivel sólo podemos adelantar intuiciones, porque en realidad hay muchas teorías sobre el origen del lenguaje[[7]](#footnote-7). En el caso de la facultad mental que llamo LENGUAJE, la ventaja muy notable para la subsistencia de la especie es obvia si lo que se consigue es crear un entramado de representaciones del mundo que, al ser manipuladas mentalmente, predicen posibles resultados ante los que se pueden planear comportamientos adecuados. Por su parte, el origen de la LENGUA es similar al de todos los módulos mentales que simplifican la solución de problemas automatizándolas[[8]](#footnote-8). El origen del IDIOMA para mí, siguiendo la idea de Margulis (antes Alexander)[[9]](#footnote-9) es simbiótico al haberse encontrado “un buen truco”[[10]](#footnote-10) que aumenta la capacidad de comunicar de manera notable en la especie humana.

* + 1. **La comunicación humana**

Parece plausible imaginar que la comunicación humana, en los orígenes, no podía diferenciarse mucho de la de las especies que nos son próximas. Serviría, a grandes rasgos, para unir a los componentes de los grupos, para aprender a compartir la atención hacia objetos o eventos determinados (p.e., en las partidas de caza) y así ir creando los lazos sociales necesarios para cohesionar los grupos[[11]](#footnote-11). Lo que cambió, parece que radicalmente, el carácter de la comunicación humana fue cuando alguien tuvo la idea de manifestar públicamente sus representaciones privadas ya formalizadas en un incipiente lenguaje cognitivo. Por tanto, tenemos que ser capaces de analizar este proceso dentro del mismo marco adecuacional que hemos propuesto.

* + - 1. **Nivel de adecuación observacional**

¿A qué estamos señalando con la palabra ***comunicación***? Este “puntero” terminológico indica el proceso mediante el cual una o varias personas consiguen poner de manifiesto ante otra(s) algunas de sus representaciones mentales mediante un estímulo intencionado. Por lo tanto, cualquier tipo de ayuda para lograr este fin entra aleatoriamente a formar parte de procesos comunicativos dados. Me explico: si utilizo una pieza musical para comunicar una impresión de tristeza, podríamos decir que la música ha sido la herramienta que nos ha ayudado a ello. Es casi imposible que haya algo en el mundo circundante que no pueda servir de herramienta comunicativa en un momento determinado. Por lo que no es excesivamente importante, en un análisis del fenómeno comunicativo, hacer hincapié en el tipo de ayuda que hemos utilizado. Salvo en el caso de nuestros idiomas. Aquí, debido al proceso evolutivo simbiótico que acabo de mencionar, la herramienta sí que es crucial a la hora de entender la especificad del funcionamiento comunicativo humano.

* + - 1. **Nivel de adecuación descriptivo**

Lo volveremos a intentar utilizando los tres subniveles. Así, siguiendo a Sperber y Wilson (1995), en el ***subnivel computacional***, propondremos esquemáticamente un conglomerado de operaciones mentales encastradas necesarias para que exista este fenómeno:

e.1. {Intención comunicativa [intención informativa (de que X es el caso)]}

Ilustremos el esquema con un ejemplo. Supongamos que yo quiero informar a otra persona de que una de mis representaciones, X, es el caso. Para informar a alguien necesito tener la voluntad de comunicar que tengo esta intención. Y esta intención comunicativa ha de plasmarse en algún estímulo perceptible. Obsérvese que aquí existe una estructuración recursiva de, al menos, tres operaciones. Si falla alguna de ellas, no estaremos ante un verdadero fenómeno comunicativo.

En el **subnivel representacional** existen distintas maneras de ver este proceso. La más tradicional es la que se representa la comunicación como un traspaso de pensamientos de una persona a otra. El esquema más conocido es el siguiente:

e.2. Fuente de la información 🡪 codificación de dicha información en un mensaje 🡪 emisión del mensaje codificado por un canal 🡪 recepción del mensaje codificado 🡪descodificación del mensaje 🡪 comprensión de la información en el destino.

Este modelo fue inventado a partir de la metáfora del telégrafo y, evidentemente, tiene un par de rasgos que lo han hecho aparecer como si fuera la única realidad posible: resulta muy explicativo ya que el proceso de relacionar conceptos con símbolos lingüísticos en la fuente e invertir el proceso, relacionando estos símbolos con los conceptos en el destino es fácil de describir. Precisamente, por esta facilidad, se ajusta como un guante a la representación universal que considera comunicación y código lingüístico dos caras de la misma moneda, con lo que refuerza dicha representación. Sin embargo, esta representación tradicional presenta un grave problema: no cubre todas las posibilidades de lo que los seres humanos son capaces de comunicar[[12]](#footnote-12), con lo que induce a engaño sobre las posibilidades comunicativas humanas.

En nuestros procesos comunicativos, los seres humanos, naturalmente, empleamos un código, el del idioma que utilicemos, pero, y esto es muy importante, las expresiones codificadas no se corresponden totalmente con la información que queremos manifestar. En pocas palabras, nuestras expresiones no determinan toda la información que comunicamos. Contrariamente a la idea más extendida, algunas especies, en cambio, sí usan códigos innatos o aprendidos que determinan toda la información que son capaces de procesar, por lo que las correspondencias significativas entre ciertos comportamientos simbólicos y la información que con ellos se manifiesta siempre es la misma, no suele modificarse en cada situación.

Vamos a ver esto con algo más de detalle.

Podemos estar de acuerdo con la representación social más extendida de que lo que los seres humanos comunican son sus pensamientos. Ahora bien, tenemos dos tipos de pensamientos. Los pensamientos totalmente proposicionales, en donde cada uno de los conceptos que en ellos aparecen se representan con bastante claridad en la mente de los hablantes y, por ello, suelen tener punteros terminológicos (o sea, palabras) que los señalan de manera codificada. Sin embargo, a veces, los punteros léxicos señalan más de un concepto, por lo que las expresiones que los emplean son ambiguas, y se requiere algo más que el término codificado para conseguir que representen un pensamiento. Por ejemplo, si yo digo e.1.

*e.1. Me gusta mucho esta calle porque está llena de bancos*

La palabra “bancos” designa, tanto las instituciones que guardan y manipulan dinero, como muebles urbanos que sirven para descansar. Por tanto, en este caso, para interpretar el mensaje hay que hacer algo más que descodificar esa palabra, ya que se relaciona con dos conceptos en el código del español. Este proceso es similar al de razonar: si se me ve viejo y cansado y, encima con una ciática dolorosísima que casi me impide andar, lo interpretaremos de una manera. Si lo que voy es con dos maletines repletos de dinero, seguramente lo interpretaremos de otra. Este tipo de proceso que no es el de codificar y descodificar se llama proceso inferenciador.

Por otra parte, existen a veces pensamientos semi-proposicionales, en donde se halla algún concepto que no podemos representar cabalmente en nuestra mente. Supongamos que en estos tiempos de crisis, oímos en los medios que,

*e.2. La prima de riesgo amenaza con destruir la solvencia de nuestro país*

No tenemos ni idea de lo que representa “la prima de riesgo”, pero somos capaces de utilizar este pensamiento para alertar a nuestros interlocutores el peligro financiero que existe actualmente. Es decir, no hace falta que conozcamos la relación entre el término específico y el concepto al que alude, para comunicar nuestro pensamiento. Luego tampoco es el código tan absolutamente necesario para lograr dicha transmisión de información.

Pero es que hay más: porque los seres humanos, además de pensamientos (proposicionales, o semi-proposicionales, ambiguos o no, etc.) comunican sin ninguna dificultad impresiones y actitudes. En estos casos, las codificaciones o son imposibles o restan mucha fuerza a las expresiones.

Empecemos por las actitudes. Si Miguel se acaba de escaquear de nuevo de pagar la consumición, alguien puede decir:

*e.3. Miguel siempre ha sido muy rumboso*

Esto, en dicha situación, se interpretará como expresando una actitud irónica. Dicho así, sin usar código alguno, la ironía resulta mucho más potente que si alguien, codificando su intención irónica, dijera:

*e.4. Es irónico que alguien piense que Miguel siempre ha sido muy rumboso*

Por último, las impresiones no pueden comunicarse mediante ningún tipo de código, porque

*e.5 Tengo la impresión de que el mundo se acaba*

no comunica realmente ninguna, sino un pensamiento sobre la impresión. Para manifestar una impresión, es necesario no comunicar explícitamente una sola proposición, sino que hay que ser capaz de hacer patente a la vez una serie de supuestos débilmente sugeridos[[13]](#footnote-13).

*e.6. A Teófilo sólo le gusta el caviar*

comunica el pensamiento explícitamente codificado y, además, una serie de supuestos (que Teófilo es un caprichoso; que es muy snob; que tiene manías, etc.) con las que se comunica además una impresión sobre dicho pensamiento.

En resumen, como dijimos arriba, los códigos lingüísticos que empleamos en nuestras comunicaciones nunca determinan totalmente los mensajes que comunicamos, sino sólo una parte que, como es la más visible, se considera central en los procesos comunicativos humanos.

Por tanto, nuestra representación de la comunicación humana es la que Paul Grice llamó de manera gráfica, la de la lectura de las mentes de nuestrxs interlocutorxs. Es decir, somos capaces de adivinar con bastante exactitud los mensajes de las demás personas realizando una serie de operaciones inferenciales sobre premisas que extraemos tanto del contexto determinado como de lo que descodificamos lingüísticamente.

Antes de acabar este apartado, podemos señalar que, en general, cuando se debate o discute sobre un objeto, evento o relación, lo que se suelen contraponer son precisamente las representaciones mentales que tenemos sobre ellos. Es decir, este subnivel resulta ser en la práctica el más evidente de todos y sólo incluyéndolo en este marco de niveles de adecuación conseguiremos ponerlo en su lugar mostrando sus posible relaciones con todos los demás.

Para finalizar la descripción dl fenómeno comunicativo, convine también tener en cuenta el ***nivel implementacional***, en el que, como se sabe, se han multiplicado los medios comunicativos desde que se inventó la escritura (imprenta, grabaciones, radiodifusión, etc, etc., etc.)

* + - 1. **Nivel de adecuación explicativo**

En este nivel hay que insistir sobre el carácter simbiótico de la comunicación lingüística humana. Parece evidente que antes de poder emplear un idioma como herramienta comunicativa, nuestra comunicación, como la de nuestros parientes más próximos, trataba de acoplar directamente los estímulos que intencionadamente se realizaban con elementos perceptibles del entorno. Una teoría, bastante verosímil desde mi punto de vista, sostiene que los homínidos desarrollaron sus facultades miméticas hasta unos niveles que, por lo que sabemos, nunca alcanzó esa facultad en otras especies. Así, aunque hay muchas muestras de este mimetismo (es decir, “hacer como si”) en varias especies, sobre todo en juegos (ritualizados o no), y en algún que otro aprendizaje imitando a los demás miembros del grupo, en el ser humano está demostrado que aprender a cortar, a lanzar, a manufacturar y a explorar sus habilidades vocales fue posible gracias a esta facultad mimética hiperdesarrollada[[14]](#footnote-14). Mientras tanto, también el lenguaje (= cognición) se había ido refinando, pasando de los conceptos YO / LO DEMÁS, ANTES/ AHORA/ LUEGO, etc. Una interesante propuesta de cómo se va desarrollando este lenguaje cognitivo la tenemos en Halliday (1975) en *Learning how to Mean* en donde menciona las funciones que se van posibilitando lingüísticamente. Así, la “instrumental” sirve para apuntar a las necesidades de cada persona, la “reguladora” para indicar a los otros que hagan algo; la “interactiva” supone un paso más en la representación de los otros ya que esta función es la que facilita relacionarse con ellos de cualquier otra manera. Igualmente, la “personal” avanza un paso más en la presentación del YO y de sus sentimientos. Finalmente, empieza a interesarse en el entorno en una función “heurística”, mientras que la “imaginativa” crea los propios entornos según el gusto personal, para terminar con la facultad “representational” que es la que se ocupa de informar sobre lo que es el caso. Como es casi evidente, todas estas posibilidades son comunicables sin ayuda de ningún código lingüístico. Después de la posible simbiosis de la facultad comunicativa con estos aspectos de la cognición son los idiomas los que las codifican de alguna manera mucho más generalizada en sistemas “interpresonales” (que apuntan a las actitudes que adoptamos), “ideacionales” (que expresan las ideas) y de “textualización” (que determinan cómo organizamos la información) a los que apunta el mismo investigador.

* + 1. **Machismo**

Contrariamente a lo que me ocurre con la cognición, el lenguaje, la lengua, y la comunicación, que han sido temas de mi labor intelectual y académica durante años, el machismo representa para mí “algo” negativo (en parte similar al racismo) que he procurado siempre evitar, tratando de eliminarlo en cuanto me lo he topado, ya sea ahí fuera, ya, y es necesario decirlo, en mi interior. Esta es la primera vez que voy a intentar teorizar sobre este “algo”, aunque sólo sea para enmarcarlo en el mismo esquema de niveles de adecuación que he venido utilizando hasta ahora. Evidentemente, las personas que hayan dedicado parte de su vida a estudios de género tendrán ideas infinitamente más claras y ajustadas de las que yo pueda conseguir en este momento; sin embargo, si quiero realizar un análisis mínimamente coherente en este trabajo, he de ser capaz de, al menos, mostrar la manera en la que yo, con mi actual bagaje intelectual sobre el tema, soy capaz de encuadrarlo explícitamente.

Como dejé dicho en otra parte,

[…] una buena manera de proceder, si uno está falto de ideas propias al respecto, es buscar descripciones intuitivas interesantes, filosóficas o de otro tipo, y ver de qué manera podrían implementarse en nuestro [marco] recién postulado. En el caso de [que exista una] ingente cantidad de descripciones […], hace que comenzar este intento de alcanzar una descripción adecuada requiera una preparación y dedicación muy superior a los efectos que tratamos de conseguir con esta ilustración de una posible metodología científica aplicada a clarificar [un] concepto[[15]](#footnote-15).

Una vez aclarado este punto, veamos la manera de esbozar el mismo marco teórico para insertar de manera explícita este “algo” a lo que apunto con el término *machismo*.

El *machismo* es un término que, como *racismo* y otros similares, se emplea generalmente de manera peyorativa, con lo que, a veces, es tomado como un verdadero insulto y reaccionamos muy negativamente cuando lo vemos usado calificando comportamientos humanos. Pero, ¿a qué apuntamos realmente con el término?

* + - 1. **Nivel de adecuación observacional**

Según Sperber (1996), nuestra mente está habitada por representaciones del mundo que están almacenadas de dos maneras principalmente: (1) directamente en nuestra “caja de representaciones”[[16]](#footnote-16) mental, y (2) dentro de otras representaciones, la primera de los cuales, la que algunos llaman la *representación superordinada* imprime un determinado carácter a la(s) representaciones incrustadas en ella. Voy a proponer llamar *ideología* a la representación superordinada que colorea un gran número de representaciones en una mente dada. A veces es conocida de manera consciente y otras muchas veces no lo es, aunque, incluso en este caso, otros puedan rastrearla al interpretar manifestaciones de la personalidad de la mente ideologizada. Cuando es consciente podríamos denominarla *actitud* y puede abarcar sólo otra representación únicamente. Vimos antes cómo a veces podemos ponerla de manifiesto en nuestros intentos comunicativos de manera inferencial o, incluso de manera codificada, aunque en este último caso es menos efectiva que la que se deriva de premisas contextuales.

Hay diversos tipos de ideología, naturalmente. Las que más nos interesan en este momento son la de tipo evaluador, porque voy a proponer que cuando yo hable de “machismo”, estaré tratando de señalar una ideología evaluadora. Y si quiero afinar más con mi puntero terminológico, puedo hacer constar que cuando hablo de machismo apunto a una ideología sexista caracterizada por la noción de que el sexo masculino es, de alguna manera no siempre muy bien especificada, superior, más importante, mejor, etc. que el sexo femenino y, por tanto lxs individuxs que adoptan uno u otro son consideradxs superiores, etc. que los del otro sexo. De esta manera el machismo se distingue de otras ideologías evaluadores, por ejemplo, del racismo (en donde la que se considera mejor, etc. es una determinada raza).

Entiendo que, en algunos casos, podría existir otra ideología igualmente sexista que evaluara el sexo femenino como mejor, más importante, etc. que el masculino. Personalmente, nunca me he topado con este otro tipo de sexismo, aunque parece que también existe y se denomina “hembrismo”. Lo que sí he experimentado es el esfuerzo de muchas personas por luchar contra esta ideología machista, contraponiéndole la idea superordinada de que los dos sexos son igualmente importantes, relevantes, etc. Lo mismo ocurre en el caso de las personas que luchan contra la ideología racista que, en este caso, se denominan “anti-racistas”. En el caso del machismo, lxs anti-machistas se llaman “feministas” y, como era de esperar, aunque el machismo puede considerarse tan equivocado y nocivo como el racismo, a menudo la ideología machista, soterrada o no, trata de menospreciar estos esfuerzos de todas las maneras (abiertas o disimuladas) posibles. Tómese por ejemplo, el apodo “feminista radical” que tanto se usa como señal de las pretendidas exageraciones de las personas anti-machistas. ¿Podríamos emplearlo en el caso de las personas anti-racistas? Claramente no. O se es anti-racista o se es racista. Punto. No es posible ser anti-racista *radical*. Lo mismo ocurre en el caso del feminismo[[17]](#footnote-17). Por tanto, y esto es muy importante tenerlo en cuenta, cuando hablemos de “feminismo” no estaremos apuntando a ninguna ideología o representación evaluadora superordinada, sino al esfuerzo consciente de mostrar los efectos (abiertos o escondidos) del machismo en lo que nos rodea y así tratar de acabar con esa ideología en la medida de lo posible, consiguiendo de esta manera una igualdad que nunca tuvo por qué ser puesta en cuestión por intereses egoístas.

* + - 1. **Nivel de adecuación descriptivo**

Como acabo de confesar, nunca hasta hoy en día había tratado de analizar este tipo de ideología, por lo que la manera de describirla tendrá que ser muy general y basada en ideas sobre la cognición humana. Debido a ello, lo que sigue es sólo un esfuerzo para clarificar y explicitar mis ideas de una manera estructurada con el fin de someterlas a posibles críticas posteriores, aunque eso no implique que mis argumentos sobre la posibilidad de romper la ideología machista no estén fundamentados en concepciones teóricas sobre la comunicación humana y su herramienta lingüística bastante extendidos.

En el nivel ***computacional*** esta ideología parece funcionar básicamente de dos maneras que podríamos resumir como (1) borrado de todo lo que tenga algún rasgo femenino, de manera que no aparezca ante la atención de nadie y se olvide su existencia en lo posible, y (2) evaluación negativa de aquello que no sea posible borrar. Este nivel necesitaría una ampliación evidente, pero quizás al intentar la descripción de manera representacional, consigamos ajustar algo más el camino que se podría seguir al considerar las operaciones necesarias más ajustadamente.

El nivel ***representacional***, como dijimos antes, es generalmente el que centra los análisis y debates que no se imponen un férreo marco de investigación como el que he propuesto aquí. ¿Cuáles son las representaciones que produce esta ideología en el mundo?

En su bitácora internáutica, el antropólogo cognitivo, Pascal Boyer, se pregunta asombrado “¿Qué pasa con las mujeres?”[[18]](#footnote-18) y presenta el caso del ataque furibundo recibido por una mujer que osaba pasearse con los brazos desnudos en Beit Shemesh, una comunidad ortodoxa judía cerca de Jerusalén, por parte de varios hombres poseídos de una rabia incontenible. La anécdota adquiere más relevancia si se tiene en cuenta que la mujer era una niña de ocho años.

Evidentemente, como afirma el mismo investigador, esto no pasa solamente en Israel, sino en todas partes: no sólo en varios países musulmanes, sino también en países cristianos, aunque en cada lugar las manifestaciones son distintas y más o menos solapadas (disfrazadas de principios, morales o no, en los que, se evita por todos los medios posibles explicitar ese sentimiento de odio de manera clara). Concluye Boyer su pregunta:

¿Qué ocurre con las mujeres? O, mejor, ¿qué es lo que dispara este tipo de odio irracional? Obviamente, esta pregunta es más bien sobre los hombres y su siempre misteriosa condición psicológica[[19]](#footnote-19).

Parece, pues, que en nuestra sociedad late un cierto odio hacia la libertad de las mujeres de disponer de su cuerpo como a cada una le venga en gana, sin que ningún varón señale cuáles son los derechos que él, con su ideología, admite en cada caso.

Por otro lado, el también antropólogo cognitivo, Dan Sperber nos habla de la *couvada* brasileña. Este nombre se da a la costumbre según la cual, una vez acabado el parto, la mujer ha de recoger sin chistar sus utensilios e irse a trabajar al campo, mientras que el hombre se acuesta en una hamaca y profiere grandes gritos de dolor, a la espera de las visitas de sus pares que le regalarán varios presentes por tan fausto acontecimiento.

Si nos centramos en estos dos casos, podríamos decir que las representaciones más sobresalientes del machismo son, por una parte, ese odio hacia lo femenino, y por otra parte la envidia de no poder gestar nuevas vidas que se manifiesta en la *couvada* brasileña. Sería interesante analizar de qué manera se interrelacionan ambos sentimientos de odio y de envidia para defender la supremacía del sexo masculino, pero esa no es la labor que me he propuesto en este trabajo.

En el nivel ***implementacional***, es obligado investigar cuáles son los elementos creados en cada sociedad para facilitar y expandir esta ideología. Parece que uno de los “implementos” más primitivos para lograrlo es precisamente el código lingüístico, el idioma, que se deriva directamente de nuestra manera de organizar nuestra cognición, el lenguaje. Por tanto, no parece descabellado en principio pensar que, si queremos acabar con la ideología machista, podemos tratar de analizar nuestro código lingüístico, y si funciona como medio amplificador de la ideología que queremos extirpar, tratemos de modificarlo. Como es el tema que me he propuesto tratar en este trabajo, no entro a buscar otros medios que también expanden la ideología machista, aunque hay muchos más, naturalmente.

* + - 1. **Nivel de adecuación explicativo**

¿Cuál es el origen de esta ideología? ¿Por qué se da en casi todas las culturas y grupos sociales del planeta? Tampoco aquí tengo aportaciones originales que exponer, aunque me gusta la idea de que, posiblemente, al no ser capaz de procrear, el ser humano macho compensa su impotencia apropiándose de la persona gestante a la que no deja libertad de acción, salvo en los casos por él marcados. Esto es lo que, a menudo, se denomina principios “morales” y actúa limitando fuertemente la libre disposición del cuerpo femenino por parte de las mujeres. Para ilustrar esta tendencia, basten dos citas de total actualidad. En una revista dominical reciente, se mostraba la foto de la novia del futbolista, Cristiano Ronaldo, Irina Shaik, con este pie: “El cuerpo de Cristiano”[[20]](#footnote-20). Por otra parte, el 8 de marzo de 2012 (¡día de la mujer trabajadora!), el actual ministro de justicia español entró en un debate con una diputada por el tema del derecho de la mujer al aborto. Según palabras del ministro,

El legislador no debe ser indiferente a la situación de muchas mujeres que ven violentado su derecho a ser madres por la presión que ejercen a su alrededor determinadas estructuras (…) En muchas ocasiones se genera una violencia de género estructural contra la mujer por el mero hecho de su embarazo[[21]](#footnote-21).

Ambas ilustraciones presentan el problema al que aludo arriba con meridiana claridad, por lo que no entro a comentar su contenido ideológico, ni la increíble expresión del político al tratar de esconder su actitud (Boyer lo llamaría su “odio”) tergiversando el significado de algunas de las expresiones que utiliza.

1. **ESTABLECIDO EL MARCO TEORICO, ¿ES O NO POSIBLE LA UTILIZACION NO SEXISTA DEL IDIOMA ESPAÑOL?**

Llegamos, por fin, al verdadero objetivo de este trabajo, describir y analizar lo que expondré a continuación. Todo lo anterior representa el esfuerzo de ofrecer un marco teórico apresurado y, sin embargo, con voluntad de exhaustividad, sobre el que levantar mis argumentos.

¿Por qué este largo preámbulo teórico?

Simplemente porque en las discusiones sobre los temas lingüísticos en los que se involucra el esfuerzo feminista, es frecuente observar cómo la ideología machista se disfraza de conocimiento profesional como antes lo hizo, según he indicado arriba, de principios de la moralidad sexual supuestamente amenazados por estos esfuerzos feministas. En efecto, en el informe que originó el debate sobre el sexismo lingüístico al que me referí en el prólogo, y en algunas de las aportaciones que luego se hicieron al debate, surge con mucha frecuencia la idea de que los esfuerzos anti-machistas nunca han partido de lxs profesionales, lxs que *saben* (de idiomas, lenguas y lenguajes, supongo), sino que lo han realizado personas poco menos que indocumentadas, por lo que los planteamientos son absurdos en el mejor de los casos.

Resulta bastante pedante, lo reconozco, que para hablar de estos temas, alguien tenga no sólo que presentar sus títulos académicos pertinentes, como se sintieron obligadas a hacer algunas de las personas que participaron en el debate, sino, y sobre todo, ofrecer una panorámica de las concepciones actuales sobre la comunicación humana y el uso de la herramienta lingüística, el idioma, como yo también me he visto casi obligado a intentar, cuando es algo del dominio público y todo el mundo puede acceder a ello si lo desea.

El motivo del amplio informe aparecido en el periódico *El País* y escrito por el académico Ignacio Bosque está centrado, como indica su título[[22]](#footnote-22), en debatir si es realmente posible que nuestro idioma castellano empiece a apuntar a las mujeres de manera clara, sin que éstas tengan que ser inferidas a partir de expresiones que se consideran inclusivas pero que están marcadas por el rasgo masculino de género y no por el femenino. Bosque analiza algunas guías que pretenden solucionar este problema con mejor o menor fortuna, y su conclusión pone en entredicho esos esfuerzos feministas, con arreglo a una serie de argumentos que, a pesar de su importancia, no son todo lo ajustados que parece porque, entre otras cosas, se basan en concepciones lingüísticas no del todo apropiadas, como veremos seguidamente.

* 1. **El “englobamiento” en el género y en el sexo**

Curiosamente, uno de los argumentos aparentemente más contundentes en contra del anti-sexismo lingüístico es que en nuestro idioma, como todos sabemos, es el género masculino el que *engloba* al femenino.

¿No recuerda esto algo la *couvada* brasileña (y la que, según noticias no contrastadas, subsiste en la España Recóndita)? Al fin y al cabo, sólo las mujeres nos engloban en los primeros meses de nuestra existencia. O sea, que el sexo femenino *engloba* al masculino en la realidad biológica, mientras que el género masculino engloba al femenino en nuestra herramienta lingüística socializada: en nuestro idioma. ¿Sufro un espejismo, o se trata claramente de un intento de poner las cosas en el sitio que la sociedad patriarcal considera que deberían estar, corrigiendo a la mismísima naturaleza biológica?

Relacionado con esto, hay que apuntar a un sub-argumento manido y repetido hasta la saciedad: el género gramatical, se dice, no es el equivalente perfecto del sexo biológico. Como si no lo supiéramos. Pero de ahí se pasa a la afirmación que género y sexo son dos cosas absolutamente distintas, que sólo lxs ignorantes confunden[[23]](#footnote-23). Sin embargo, es muy probable que el género gramatical surgiera institucionalizando nuestra representación dual de los sexos; en otras palabras, sin esa representación binaria de nuestro *lenguaje* mental, el género gramatical del *idioma* español posiblemente no separaría los sustantivos en estas dos categorías[[24]](#footnote-24). El hecho de que el género gramatical se haya extendido y califique ahora también objetos asexuados no es un argumento tan contundente como creen quienes lo emplean sin cesar. Como afirma Deutscher, es más que probable que el sistema del género gramatical en nuestro idioma se haya organizado tal cual hoy es, precisamente, a partir de una representación diferenciada sexual que tan relevante resulta para la visión del mundo de nuestra sociedad[[25]](#footnote-25).

El reflejo de la *couvada* o de costumbres similares en la organización actual de nuestro idioma hace muy difícil darse cuenta de que la categorización masculina de objetos de género femenino cuando éstos aparecen junto a los de género masculino no es la única posible, aunque haya sido sobre-utilizada y su uso esté bendecido por gran parte de las supuestas o autoproclamadas autoridades (¿?) lingüísticas. Sin embargo, en los casos en los que el género gramatical sí se corresponde con el sexo de las personas mencionadas,

[Los] usos del español que llevan siglos vigentes, por ejemplo, la llamada doble forma, (…) [se] utilizaba en El Cantar del Mío Cid, en el Libro de Buen Amor, en el romancero... para convertirse en un uso minoritario posteriormente. (…) Cuando las mujeres reaparecen en los discursos y en la lengua en el siglo XXI, la doble forma vuelve a utilizarse con frecuencia. Es entonces cuando la RAE la proscribe[[26]](#footnote-26).

Es indudable que la organización gramatical de un idioma en un momento histórico determinado es muy estable y, por tanto, muy difícil de modificar voluntariamente. Pero esta realidad no tendría por qué contar, además, con defensores acérrimos de dicho inmovilismo. Tal actitud se me antoja parecida a la de unos supuestos defensores a ultranza de la alternancia entre el día y la noche. Es decir, cuando las cosas son obvias, defenderlas no tiene casi ningún sentido. Por otra parte, aunque de manera imperfecta, los seres humanos han sido capaces de conjurar esta alternancia de luz y sombra utilizando voluntariamente luz artificial de tal manera que, en algunos lugares, nunca parece ser de noche, con todos los problemas medio-ambientales que posteriormente se ha visto que esa ansiedad humana produce. Si el temor a no ver bien en la oscuridad ha impulsado la iluminación artificial de la oscuridad nocturna, ¿por qué la invisibilidad de la mujer en nuestro idioma no puede instaurar una voluntad de hacerla visible en todas las expresiones que se puedan modificar con ese fin? La clave está en la palabra *voluntad*.

* 1. **Romper el código es romper la comunicación**

Como todo el mundo sabe, la comunicación humana es un proceso intencional. No se comunica el catarro del hablante por el tipo de voz que produce involuntariamente en una determinada situación; esa voz solamente *informa* de que el hablante está acatarrado. Tampoco el humo comunica donde hay fuego, sino que *informa* sobre él. Sin embargo, si el hablante imita la voz de catarro intencionadamente para poner de manifiesto ante otra(s) persona(s) su estado comatoso, o si el Gran Jefe Indio intenta que algunos cazadores ausentes sepan que hay una reunión importante a la que asistir y para ello usa señales de humo, entonces sí que existe comunicación. Lo apuntaban los investigadores Sperber y Wilson hace un cuarto de siglo,

(…) la comunicación implica la producción de un determinado estímulo, con el que se pretende,

*Intención informativa*: informar al oyente de algo;

*Intención comunicativa*: informar al oyente de nuestra intención informativa

Nótese que la intención comunicativa es en sí misma una intención informativa de segundo orden: la intención comunicativa se cumple una vez que la intención informativa de primer orden ha sido reconocida[[27]](#footnote-27)

Cualquier estímulo, pues, voluntariamente producido, puede ser reconocido como un indicio de la intención de comunicar una información. Obsérvese que no se restringe el estímulo al de una expresión lingüística, ni, sobre todo, se circunscribe la información la manifestación pública del pensamiento íntimo del hablante. De esto se deduce que casi todos los estímulos que podamos utilizar pueden servir para comunicar algo[[28]](#footnote-28), y que este algo, como dijimos anteriormente puede ser un pensamiento proposicional, un pensamiento semi-proposicional, una impresión y/o una actitud. El problema, por tanto, está en la intención informativa. Así, aunque resulte increíble tener que expresarlo, las personas que inician una comunicación intentan informar de una(s) cosa(s) y en otros actos comunicativos quieren informar de otra(s). Parece una exageración explicitar esta verdad de Perogrullo, pero tal y como están las cosas, no hay otro remedio.

Por ejemplo, el autor del texto citado seguidamente es consciente de muchas cosas de las que hemos venido diciendo aquí, pero está claro que ni él, ni la autora que menciona, tratan de manifestar una serie de supuestos que, quizás, alguien (o, por qué no, ellxs mismxs) intentarían hacer patentes en otro momento y lugar:

(…) es más que posible que la condición de género no marcado que tiene el masculino sea trasunto de la prevalencia ancestral de patrones masculinistas. Llámeselos, si se quiere, machistas, y háblese cuanto se quiera de sexismo lingüístico. Séase consciente, sin embargo, de que intentar revertirlo o anularlo es darse de cabezadas contra una pared, porque la cosa, en verdad, no tiene remedio. Rosa Montero lo ha escrito admirablemente: “Es verdad que el lenguaje es sexista, porque la sociedad también lo es”. Lo que resulta ingenuo, además de inútil, es pretender cambiar el lenguaje para ver si así cambia la sociedad. (Pedro Álvarez de Miranda: “El género no marcado”, *El País*, 8 marzo, 2012, pg. 40).

Lo que a mi entender no es de recibo es que, de alguna manera, se esté procurando vetar la posibilidad de usar el estímulo lingüístico que es nuestro idioma de la manera que a cada hablante le venga en gana. Debajo de todos estos argumentos parece subsistir la idea de que el código lingüístico es absolutamente determinante a la hora de comunicar la información que deseamos. Si no lo empleamos “como debe ser”, si lo forzamos para conseguir comunicar información que de otra manera fuera imposible transmitir, entonces nuestro esfuerzo “resulta ingenuo e inútil” porque cambiando nuestra expresión no cambiaremos la sociedad.

Analicemos esta postura con cierto rigor: para empezar, como saben todxs los niñxs que han leído *A través del espejo*, de Lewis Carroll (que no era lingüista), el personaje del Huevo, Humpty Dumpty, afirma que las personas son las que mandan sobre la herramienta lingüística y no al revés. Mediante esta metáfora, Lewis Carroll (que no era lingüista, ni académico de ningún idioma, entre otras cosas porque en Inglaterra no hay Academia del Inglés que valga … y, a pesar de (¿o es quizás *a causa de*?) ello, ¡vaya fuerza la del inglés en el mundo!) trata de mostrar la verdadera naturaleza de esta herramienta humana, indicando que no debe sacralizarse y convertirse en un constreñimiento cuasi-religioso, cuya violación sea considerada anatema, o casi. En otras palabras, todo el mundo sabe intuitivamente que es posible forzar la tan cacareada norma para conseguir fines adicionales que, en algunos casos, son altamente considerados como ejemplos de creación espiritual y artística. Por ejemplo,

(…)

El poema no es po

Ni es ema

E

Este Oeste Norte Sur

Surgiendo

Siempre Noempre

(…)[[29]](#footnote-29)

En este caso, el poeta rompe el código para conseguir “algo” que, según su parecer, no podría lograr usando la herramienta “adecuadamente”. Lo que sea ese algo será interpretado de una o varias maneras por los críticos y exégetas literarios, con lo que lo que hace este Humpty Dumpty surrealista gaditano se consagra como un uso creativo del idioma.

Como dicen aquí, en Cádiz, “no too er mundo pue sé de Cai”, ni, por supuesto, casi nadie es creador(a) individual de textos poéticos o literarios. Sin embargo, algunas personas reclamamos nuestro derecho a ser Humpty Dumptys sin cortapisas. No necesariamente para lograr efectos artísticos en nuestras comunicaciones, sino para lo que se tercie. Lo malo es que, en estos casos no creativos, cuando se usa el idioma de manera poco canónica, las reacciones distan mucho de ser laudatorias. Como ejemplo que se repite incesantemente, citamos al escritor Vila-Matas que escribe:

El lenguaje está hecho esencialmente para entenderse. Por tanto, todo lo que se aparte de esto es un despropósito. […] A este paso, acabaremos —para variar— no entendiéndonos nada entre nosotros […][[30]](#footnote-30)

Aparte de que el escritor catalán cree que el lenguaje es la otra cara de la comunicación, su actitud ante las utilizaciones no adecuadas de nuestra herramienta lingüística del vulgo plebeyo es absolutamente despreciativa. Tratar de adaptar el idioma a nuestros deseos comunicativos es nada menos que un *despropósito*. Me imagino, sin embargo y sin mucho temor a equivocarme, que no trataría de la misma manera el poema reseñado arriba pergeñado por otro escritor como él; me temo que nos encontramos ante otra actualización más de la famosa ley del embudo, vigente en todo el planeta.

Por ejemplo, he utilizado silenciosamente la letra –x – en los casos de plurales que escondían el sexo femenino en la utilización “englobadora” del género gramatical al uso; estoy seguro de que esta –x– no ha impedido a nadie entender el pensamiento que pretendía manifestar usando mi idioma pero enriqueciéndolo con un símbolo del lenguaje matemático, la –x–, que pocas personas usan todavía. Además, la interpretación de esta decisión mía al utilizar este símbolo podría haber comunicado una impresión también. Una impresión, como dije antes, se comunica al manifestar débilmente una serie de supuestos, los cuales no suelen tener una contrapartida simbólica precisa. Es decir, al leer, por ejemplo la expresión “ellxs mismxs” que he escrito arriba, además del pensamiento explícito que cada unx ha podido interpretar sin dificultad como “ellos (ellas y ellos) mismos (mismas y mismos)”, podrá recuperar, a poco que le interese, los siguientes o parecidos supuestos que he deseado poner de manifiesto débilmente y en conjunto –como una impresión:

1. Me molesta la invisibilidad de la mujer en la organización de nuestro idioma
2. Creo que es posible intentar paliarla voluntariamente
3. Al utilizar la variable matemática x quiero hacer ver que el sexo biológico no es siempre algo esencialmente ligado a las personas, sino que puede variar en cada historia vital debido a toda clase de contingencias[[31]](#footnote-31)
4. No quiero formar parte de la *couvada* en cualquiera de sus manifestaciones más o menos soterradas
5. Me gusta poner nerviosxs a lxs machistas que se escudan en la organización gramatical para despotricar contra los esfuerzos feministas por mostrar a las mujeres socialmente.

Etc.

Las personas que me lean, por tanto, podrían interpretar mi impresión, recurriendo a otros supuestos del mismo signo que los cinco que acabo de explicitar. Lo más seguro es que nunca sean los mismos, aunque sin embargo, probablemente, la tendencia marcada en ellos se asemeje bastante, a no ser que haya interpretaciones malévolas que cambien el sentido de la impresión. Por ejemplo:

1. Éste es un indocumentado que confunde sexo y género
2. Lo que está haciendo es presumir de progre
3. Se trata de una persona adocenada que sigue los dictados de cierta ideología
4. Con esta manía de nombrar lo único que consigue es que sus textos sean ladrillos que nadie lea

Etc.

Se podría decir que este es uno de los riesgos al comunicar impresiones, ya que no hay un código que describa claramente lo que queremos manifestar. La verdad es que siempre, con código o sin código, podemos encontrarnos con estos problemas en cada uno de nuestros actos comunicativos. Hay pensamientos que de alguna manera resuenan positivamente al ser interpretados por alguien, mientras que otros chirrían al manifestarse públicamente. Piénsese, sin ir más lejos, en discusiones sobre política o religión, aunque no tienen por qué circunscribirse a estos ámbitos.

Expliquemos ahora alguna de las ideas que he propuesto como componentes de la impresión que deseo comunicar al romper ciertos usos lingüísticos codificados. La más potente es la primera, que repito aquí: *me molesta la invisibilidad de la mujer en la organización de nuestro idioma.* Extrañará que, no siendo yo mujer, esta idea esté como la primera de las que componen mis impresiones sobre este punto. Pero existe una razón muy clara. Hace años, mi compañera adquirió la *Historia de las Mujeres* en cinco voluminosos tomos. Su lectura me produjo un impacto difícil de olvidar. Durante más de medio siglo de mi vida se me había escamoteado a lo largo de mi educación, la existencia y los logros de muchas mujeres, la mitad, o algo más de la mitad de la población total del planeta. En este libro y en otras obras que leí después una vez puesto en guardia contra mi desinformación básica, se describían no sólo los logros y éxitos de la inteligencia y creatividad femeninas a lo largo de la Historia, sino también, en muchos casos, los terribles obstáculos que algunas tuvieron que vencer para lograrlo. Confieso que antes de haberme topado con el libro pensaba que la mujer no estaba en realidad hecha para conseguir estas cimas de sabiduría, creatividad y brillantez, pues su misión era la que era, y la selección natural la había condicionado limitando su, llamémosle, “espíritu”. Siento tal vergüenza al confesar esto que me invade, además, una gran furia por haber sido engañado de esta manera tan burda por la perenne ocultación de estos logros que ha practicado y practica todavía nuestra sociedad machista. Porque, a ver, seguro que para mucha gente este párrafo es un descubrimiento parecido al mío en lo que a artistas femeninas se refiere:

 Ahí están, como pequeños rayos de luz lunar en ese universo mayoritariamente masculino, Sofonisba Anguissola (1532-1625), que durante 13 años retrató a los miembros de la familia de Felipe II. Lavinia Fontana (1552-1614), que pintó para el Papa Clemente VIII y llegó a cobrar por sus retratos lo mismo que el gran Van Dyck. Artemisia Gentileschi (1593-1652), que ganó tanto dinero con sus espléndidos cuadros que pudo casar a sus hijas con nobles españoles, previo pago de enormes dotes. Judith Leyster (1609-1660), que alcanzó un gran éxito en Holanda. Luisa Roldán, La Roldana (1652-1704), exquisita escultora de cámara —el máximo honor de la época— de Carlos II y de Felipe V. Rosalba Carriera (1675-1757), favorita en muchos palacios e introductora de la técnica del pastel en la Francia del rococó. Angelica Kauffmann (1741-1807), que se enriqueció en Inglaterra con sus obras neoclásicas. Elisabeth Vigée-Lebrun (1755-1842), retratista preferida de María Antonieta y codiciada por la nobleza de toda Europa. Constance Charpentier (1767-1849), premiada en varios de los famosos salones parisinos de su tiempo. O Rosa Bonheur (1822-1899), famosísima en medio mundo gracias a sus cuadros de animales[[32]](#footnote-32) .

En cuanto alguien se pone investigar el legado femenino en uno u otro campo del saber, o de cualquier otro universo, surgen, como no podía ser de otra manera, ingentes cantidades de personas silenciadas socialmente de las que nunca hemos oído hablar. Para mí esto clama al cielo y, aunque sea violentando el código lingüístico, siempre he tratado, desde el momento en que me di cuenta, de hacer todo lo que esté en mi humilde mano para remediarlo. En otras palabras, *creo que es posible intentar paliar* [este perverso efecto] *voluntariamente,* aunque sea con algo tan poco importante como poner *–x–* en las formas escritas de elementos gramaticales que traten de englobar a las personas del sexo femenino usando la forma del género gramatical masculino. Lo asombroso ha sido darme cuenta de cómo algo tan inocente en apariencia, pero que tiene una gran trascendencia ya que alumbra la existencia de una mitad de nuestra sociedad, se convierte en blanco de toda clase de ataques más o menos directos, más o menos sibilinos, que intentan que el telón lingüístico vuelva a caer y haga de nuevo invisibles a las mujeres.

* 1. **El argumento de la economía lingüística**

Una segunda idea muy débilmente manifiesta que podría formar parte de esa impresión que estamos comentando sería que *no quiero formar parte de la* couvada *machista en cualquiera de sus manifestaciones más o menos soterradas*. Sé muy bien que utilizar y manipular el código de mi idioma no va a cambiar la situación social de la mujer actual. Claro que no. Ni soy tan ingenuo, ni creo que nadie piense que cambiando una *–o* por una *–x* vamos a solucionar los problemas que la sociedad patriarcal ha creado artificialmente para las mujeres. Sin embargo, al realizar esta acción, al intentar no utilizar el idioma español de manera sexista, hay que hacer a veces un esfuerzo adicional que, contrariamente a lo que se mantiene por parte del machismo (abierto o soterrado) tiene relevancia en la comunicación. Dicen Sperber y Wilson que la relevancia comunicativa de algo se mide por la cantidad de efectos que produce (a más efectos, más relevancia) y por la cantidad de esfuerzo que implica (a mayor esfuerzo, menor relevancia). La relevancia óptima se consigue, según estos autores, al equilibrarse ambos, los efectos conseguidos con el esfuerzo que ha costado conseguirlos. Si el esfuerzo sobrepasa los efectos, existe un problema de relevancia. Por ejemplo, casi nadie en su sano juicio intentará interpretar la siguiente expresión: “éste no es el libro que no debes no dejar de no leer en ningún caso”. Si alguien lo hace en este momento, dicen los autores, es porque intenta conseguir algún efecto adicional, como por ejemplo, “yo sí que soy inteligente”, lo cual puede llenarle de tanta satisfacción como solucionar un rompecabezas dificilísimo. Para mí, el esfuerzo adicional que supone intentar evitar el sexismo en mi idioma, tiene un muy valioso efecto principal: recordarme una y mil veces que la mujer existe socialmente y que nunca debo olvidar el medio siglo que viví en la inopia; otro efecto, secundario, pero también importante, es el de intentar comunicar esta impresión a las personas que ni hayan leído la *Historia de las Mujeres* ni la piensen leer, teniendo muchas posibilidades de mantenerse en una ignorancia que no me cabe aceptar por considerarla irracionablemente nociva para una parte de la población.

Obsérvese que esta condición de relevancia óptima que es propia del *proceso comunicativo* se traslada a veces a su otra pretendida cara, el *idioma*. Se habla entonces de que repetir “señoras y señores”, “niñas y niños”, etc va contra la economía del … ¡*lenguaje*! ¿De qué economía se está hablando? Si existiera tal economía lingüística realmente nadie habría escrito novelas y poemas, bastaba con un resumen de tres palabras o menos, ya puestos. En este tipo de argumentación están patentes los disparates devastadores en los que podemos caer si no tratamos de ajustar, al menos, el nivel de adecuación observacional y mezclamos con un desparpajo digno de mejor causa, comunicación (donde debe existir relevancia óptima en los mensajes), idioma (que es una herramienta que subdetermina el mensaje que intentamos comunicar) y el lenguaje (que no tiene por qué ser óptimamente relevante ya que es lo que nosotros pensamos y sentimos en un momento dado). Valga el siguiente texto como ejemplo:

Es cierto que algunas de las recomendaciones contenidas en estas guías son extremas y resultan imposibles de aplicar porque atentan contra reglas básicas como la economía del lenguaje[[33]](#footnote-33)

Si las recomendaciones consiguen aumentar el número de efectos comunicativos en el sentido que estamos tratando aquí serán absolutamente efectivas en su intento, aunque a alguien no le guste enfrentarse a ello. Porque, como se dice justo a continuación en el mismo artículo,

Cualquier imposición que suponga violentar la libertad de los hablantes está condenada al fracaso[[34]](#footnote-34)

Debido a ello, es cierto también que *me gusta poner nerviosxs a lxs machistas que se escudan en la organización gramatical para despotricar contra los esfuerzos feministas por mostrar a las mujeres socialmente*. No sólo se mantienen en la ignorancia, por lo general, sino que se regodean en ella, utilizando argumentos, al menos, cuestionables sobre nuestra herramienta lingüística, siempre que con esto se evite dar su sitio a personas de carne y hueso que durante milenios han sido escondidas y tratadas como seres de segunda clase.

1. CONCLUSION APRESURADA

Como acabo de mostrar, en estos debates se argumenta con concepciones que, aunque se presentan como evidentes, no lo son tanto. En realidad dichos argumentos son solamente (o están basados en) *representaciones* muy bien diseminadas en la sociedad y, por tanto, fuertemente establecidas en las mentes individuales. En otras palabras, y utilizando la metáfora epidemiológica[[35]](#footnote-35): estas representaciones tan extendidas tienen características propias que las hacen muy contagiosas. Y, además, existen condiciones en el entorno que también favorecen su adopción generalizada.

Repito que no soy un entendido en estudios de género, aunque la idea de que existe una asimetría clara en las representaciones de los costes y beneficios que ofrece nuestra condición de seres sexuados parece bien establecida. Las mujeres dan vida y los hombres no. Sin embargo, en nuestra especie, como pasa en otras, los hombres suelen ocuparse también de su descendencia de diversas maneras socialmente establecidas. Y parece que es esta característica la que hace que se establezcan reglas tendentes a evitar que los hombres cuiden lxs hijxs que no han sido engendrados por ellos.

Pero, ¿por qué se extienden estas reglas a mujeres que no son compañeras sexuales y que nunca lo van a ser? ¿Qué produce la violencia del ataque reseñado por antes por Pascal Boyer a una niña de ocho años por llevar una camiseta y los brazos desnudos? Uno de los debatientes en el foro de este antropólogo francés afirma que los principios que restringen la libertad sexual son de carácter cooperativo. Por lo tanto, si alguien no los sigue está haciendo trampa. Llevar una camiseta se llega a considerar tan anti-social como saltarse una cola, ensuciar los lugares públicos, o no pagar impuestos.

Esta explicación no parece ser muy adecuada para explicar el sentimiento de furia que invade a los hombres en estos casos extremos, ni en la que se adivina en actuaciones mucho menos exageradas. ¿Por qué esa rabia y esa violencia cuando cree que alguna mujer, que no es su pareja, expone su sexualidad? Suponiendo que la sociedad patriarcal incite a los hombres a regular un bien común (un “medio” reproductivo –o sea, la mujer), el castigo tendría que ser para los que tratan de abusar del uso de ese “medio”, no castigar al “medio”, es decir, a los hombres que se aprovechan de ellas, no a ellas.

Un comportamiento adaptativo normal haría que, ante una mujer que expone su disponibilidad sexual, surgiera el cortejo, no un ataque. Es posible que se pueda interpretar su comportamiento como promiscuo, pero eso sólo apunta a que puede haber reproducción, sin preocupaciones para los machos padres. La única persona que paga el coste de la promiscuidad es la mujer, si acepta relaciones sexuales sin exigir obligaciones parentales a los hombres con quienes se relaciona.

Como dice otro de los participantes en la bitácora de Boyer, quizás la única explicación posible estaría en un desarrollo adaptativo muy sesgado en el macho humano que exagera su percepción del interés sexual de la mujer en él[[36]](#footnote-36). Esta percepción podría acarrear un efecto colateral: establecer una disonancia cognitiva entre la percepción de señales para copular y las ocasiones reales para hacerlo. Esta disonancia cognitiva podría reducirse si se instaura socialmente una representación estableciendo que todas las mujeres son en el fondo sólo unas perdidas. Esta representación obligaría al macho a aplicar un control sobre la modestia femenina y todo lo que se aparte de esta “norma” hace que el hombre reaccione violentamente.

Como no estoy capacitado para elegir entre estas explicaciones, las he presentado a grandes rasgos aquí con un fin meramente descriptivo de la posible razón biológico-cognitiva que está detrás del fuerte sentimiento macho ante cualquier “veleidad” femenina en nuestras sociedades. Lo cierto es que, a menudo, encontramos verdaderos ataques llenos de violencia (insultos y descalificaciones) cuando se trata de negar la visibilidad a la mujer cambiando en algo el uso lingüístico de nuestro idioma. Incluso en los casos como el que motivó este artículo, en donde el autor se muestra en todo momento exquisito en su trato hacia las mujeres, es posible rastrear una actitud de superioridad y consecuente desprecio hacia estos tipos de esfuerzo.

He tratado de mostrar que esa superioridad basada en un supuesto conocimiento elevado (o, al menos, más documentado) de nuestra herramienta lingüística no es necesariamente una ventaja a la hora de conseguir unos determinados fines comunicativos. Por tanto, a pesar de la sabiduría académica de la que se presume, se adivinan componentes ideológicos del machismo que siguen habitando en las profundidades de los seres humanos y son bastante difíciles de extirpar en su totalidad. Por ello, se antepone la pureza esencial de una herramienta (¡!), no sólo ante y contra las aspiraciones de seres humanos de carne y hueso, sino, incluso, tratando de arrogarse una competencia, la de comunicar pensamientos, actitudes e impresiones, que es universal en la especie humana y suele ser ejercida con suficiente soltura en la mayoría de los casos para conseguir los fines que cada cual considere oportunos.

En otras palabras, no he intentado en ningún momento ofrecer elementos sobre el sexismo, ya que ésa no es mi especialidad, sino, y sobre todo, mostrar que lo que algunos consideran ser su especialidad, el estudio de un idioma determinado, no es necesariamente la única interpretación posible desde un punto de vista documentado sobre el funcionamiento de dicho idioma en la comunicación humana.

BIBLIOGRAFIA

Barkow, Jerome, H., Leda Cosmides & John Tooby, eds., (1992): *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford, Oxford University Press

Bengoechea, Mercedes (2012): “La sociedad cambia, la Academia, no” en *Mujeres (El Pais)* 7/3/2012.

Butler, Judith (1990) *Gender Trouble*. *Feminism and the Subversion of Identity*, London, Routledge & Kegan Paul

Chomsky, Noam, A. (1965): *Aspects of the Theory of Syntax*, Massachussetts, Massachussetts Institue of Technology Press (First paperback edition, 1969)

Dennett, Daniel (1995): *Darwin’s Dangerous Idea. Evolution and the Meaning of Life*, London, The Penguin Press.

Deutscher, Guy (2011): *Through the Language Glass. Why the World Looks Different in other Languages*, New York, Metropolitan Books, Henry Holt & Co.

Duby, Georges & Michelle Perrot, eds. (1990-1991-1992): *Storia delle Donne*, Volúmenes I, II, III, IV y V, Bari: Gius. Laterza&Figli, Spa. Edición española aumentada (1994), *Historia de las mujeres*, Valencia, Barcelona, Círculo de Lectores.

Fodor, Jerry (1983): *The Modularity of Mind*, sixth printing 1983: Massachussetts, Massachussetts Institute of Technology Press.

Guijarro, José Luis (1998): “Idioma, lengua, lenguaje y otras cosas del mensaje” en Martín, Velázquez & Bustamante, eds.(1998) : *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos a la memoria del Profesor Braulio Justel Calabozo*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz (pgs. 111-118).

Guijarro, José Luis (2002): “No es lo mismo «lenguaje», «lengua» e «idioma»”, en revista electrónica semanal COMUNICA: *Unidad en la diversidad* (© Comunica Press 1999 – 2002).

Guijarro, José Luis (2006): “Las etapas (o los modelos) más importantes de la gramática generativa”, en *A Pleasure of Life in Words. Festschrift for Angela Downing.* Volume I (pgs. 73-83), Departamentos de Filología Inglesa I y II, Universidad Complutense de Madrid.

Guijarro, José Luis (2009): “En busca de la belleza”, en *Cuadernos del Minotauro*, año V (nº7) 2ª etapa, Madrid.

Guijarro, José Luis (2011): “Bases teóricas para una hipótesis no canónica sobre el origen de la herramienta lingüística humana” en *Pragmalingüística*, nº 19, pgs. 23-43.

Haselton, Martie G. & David M. Buss (2000): “Error Management Theory. A New Perspective on Biases in Cross-Sex Mindreading” en *Journal of Personality and Social Psychology.* 2000, Jan, 78 (1); pgs: 81-91

Marr, David (1982): *Vision. A Computational Investigation into the Human Representation and Processing of Visual Information*, New York, Freeman

Ory, Carlos Edmundo de (1978) *Metanoia* (Edición de Rafael de Cózar): Madrid, Cátedra.

Rivière, Ángel (1982): *Razonamiento y representación*, Madrid, Siglo XXI de España.

Schiffer, Stephen E. (1981): “Indexicals and the theory of reference” en [*Synthese*](https://springerlink3.metapress.com/content/0039-7857/) [Volume 49, Number 1](https://springerlink3.metapress.com/content/0039-7857/49/1/) (1981), pgs. 43-100,

Sperber, Dan (1996): *La contagion des idées. Théorie naturaliste de la culture.* Paris, Odile Jacob.

Sperber, Dan & Deirdre Wilson (1986 / 1995): *Relevance. Communication and Cognition*, Oxford, Blackwell.

1. <http://cultura.elpais.com/cultura/2012/03/02/actualidad/1330717685_771121.html> [↑](#footnote-ref-1)
2. Chomsky (1965) [↑](#footnote-ref-2)
3. Marr (1982) [↑](#footnote-ref-3)
4. Guijarro (1998; 2002; 2006) [↑](#footnote-ref-4)
5. Esto es obviamente una simplificación, ya que la misma percepción inicia la formalización de los estímulos (*cfr*. Rivière (1982)) que luego se completa en el proceso de las representaciones. [↑](#footnote-ref-5)
6. Hauser, Chomsky & Fitch (2002) [↑](#footnote-ref-6)
7. La que yo defiendo acaba de ser publicada en *Pragmalingüística* (2011) [↑](#footnote-ref-7)
8. *Cfr*., Fodor (1983); Barkow, Cosmides & Tooby,(1992) [↑](#footnote-ref-8)
9. Alexander (1967). Éste es el apellido de soltera de esta investigadora. Luego pasó a llamarse Sagan, al casarse con el famoso Carl Sagan. Finalmente, después de una nueva boda, ahora se la conoce mundialmente como Lynn Margulys, apellido con el que falleció recientemente. ¡Cosas del machismo! [↑](#footnote-ref-9)
10. *Cfr.*, Dennett (1995) [↑](#footnote-ref-10)
11. *Cfr.* Donald, 2011, pg 68 [↑](#footnote-ref-11)
12. *Cfr*. Sperber & Wilson (1995) [↑](#footnote-ref-12)
13. *Cfr.*, Sperber & Wilson (1995) [↑](#footnote-ref-13)
14. *Cfr.* Donald (2011) [↑](#footnote-ref-14)
15. Guijarro (2009), pg.26 [↑](#footnote-ref-15)
16. El término fue acuñado por Schiffer (1981) y sirve, por el momento, como indicación pre-teórica que posteriormente habría que clarificar. [↑](#footnote-ref-16)
17. Comunicación personal de Inmaculada Díaz Narbona [↑](#footnote-ref-17)
18. <http://www.cognitionandculture.net/home/blog/35-pascals-blog/2365-what-it-is-about-women> [↑](#footnote-ref-18)
19. What is it about women?, that is, what is it that triggers that kind of apparently irrational hatred? Obviously, the question really is about men and their ever so mysterious psychological makeup. [↑](#footnote-ref-19)
20. *QMD!*, 10 marzo 2012, pg. 6. Señalado, personalmente, por Inmaculada Díaz Narbona. [↑](#footnote-ref-20)
21. *El País*, 8 marzo 2012 (¡día de la Mujer!), pg. 32 [↑](#footnote-ref-21)
22. Ver nota al pie 1 en el prólogo. [↑](#footnote-ref-22)
23. Para no embrollar más las cosas, omito mencionar en este punto las ideas de Judith Butler (1990) que insiste, de manera para mi acertada, en que esa distinción es en realidad falsa. Los cuerpos sexuados no pueden significar sin género, por lo que la aparente existencia del sexo previa al discurso y la imposición cultural es meramente un efecto del funcionamiento del género. Es decir, tanto el sexo como el género son constructos sociales (“the distinction proves false. Sexed bodies cannot signify without gender, and the apparent existence of sex prior to [discourse](http://en.wikipedia.org/wiki/Discourse%22%20%5Co%20%22Discourse) and cultural imposition is merely an effect of the functioning of gender. That is, both sex and gender are [constructed](http://en.wikipedia.org/wiki/Social_construction)”). [↑](#footnote-ref-23)
24. Resulta curioso comprobar cómo los otros géneros gramaticales posibles, el neutro, el común, el epiceno y el ambiguo, se han restringido a escasos conceptos y, sobre todo, a excepción del común de los sustantivos que a veces acaba en –*(nt)e*, y de algunos pronombres que acaban en *–a*, *-e* y *–o*, casi todos los demás adoptan la terminación o masculina o femenina [↑](#footnote-ref-24)
25. *Cfr.* Deutscher (2011) [↑](#footnote-ref-25)
26. Bengoechea (2012). [↑](#footnote-ref-26)
27. Sperber & Wilson (1995), pg 44 [↑](#footnote-ref-27)
28. Por eso, no es muy ajustado afirmar que la música, la danza, el arte en general, etc. son lenguajes que sirven para comunicar. Como se ve, casi todo sirve para hacerlo, sin convertirse por ello automáticamente en un lenguaje. [↑](#footnote-ref-28)
29. Ory (1978): pg. 294 [↑](#footnote-ref-29)
30. *El Pais*, 5 marzo, 2012 [↑](#footnote-ref-30)
31. *Cfr.* Judith Butler en nota 23 [↑](#footnote-ref-31)
32. Ángeles Caso: *El País*, 8 marzo, 2012: pg. 29 [↑](#footnote-ref-32)
33. El Pais, 11 marzo, 2012: “Lenguaje sexista” [↑](#footnote-ref-33)
34. *ibidem* [↑](#footnote-ref-34)
35. Sperber (1996) [↑](#footnote-ref-35)
36. C.F. Haselton and Buss (2000) [↑](#footnote-ref-36)